

EL ABURRIMIENTO: LA EMOCIÓN ANULADA*

A Bion (1977) le hubiera gustado escribir un libro sobre el aburrimiento^[1]; le parecía un tema fascinante, sobre todo si la persona era inteligente y dedicaba su vida a vivir aburridamente. Meltzer comparte ese mismo interés. Pero, aunque ni Bion ni Meltzer escribieron detenidamente sobre el aburrimiento, han aportado elementos teóricos para entender ese fenómeno tan complejo e interesante, que transita por distintas edades y psicopatologías, que despierta curiosidad e irritación y que nunca deja indiferente.

Como en todo estado mental, cada emoción tiene distintos significados según quién sea el portador o destinatario de la misma, pues no es lo mismo aburrirse que aburrir a otro; así, por ejemplo para Masud Khan (1996) “el aburrir tiene la característica propia de la ‘tendencia antisocial’ (Winnicott, 1956) e implica una exigencia y una esperanza; (...) Análogamente, sentirse aburrido es normal y diferente de aburrir” (p. 10). En esa misma dirección se manifestaba Bertrand Russell (1964) cuando consideraba que el aburrimiento era “un ingrediente imprescindible de la vida” (p. 40).

No es objetivo de este trabajo el abordar la dimensión estimulante del aburrirse normal sino el estudio de ese estado emocional en el que no puede florecer una pregunta; nos interesa más el fenómeno que llevó a Winnicott (1989, p. 10) a considerar al aburrimiento como síntoma que requiere asistencia.

El aburrimiento es una emoción “ambigua y compleja. [y que] Al igual que ‘amor’, se suele usar jocosa o despreocupadamente, pero el analista no se

puede permitir el lujo de ignorar la realidad que trasciende a estas dos palabras” (Bion, 1991, p. 694). Para acercarnos al fenómeno de esa realidad, creo adecuada la descripción que el filósofo V. Yankélévitch (1963) realiza del aburrimiento cuando dice que

“...no es la *desesperación*, es decir, el envés del altorrelieve y la perspectiva trágica, sino la *indiferencia*, la inapetencia, la irrelevancia absoluta. Cuando el devenir ya no está imantado, orientado y polarizado por el magnetismo del futuro, el espacio pierde su voluminosidad y desaparecen los destellos encendidos del deseo. ‘Mi alma, dice Kierkegaard, se parece al Mar Muerto, cuyas aguas ningún pájaro puede sobrevolar’. El aburrimiento es la desgracia en calma. El mar de aceite. Lo contrario del alborozo de la partida y de los impetuosos vientos matinales. Aunque después lo contemplemos como algo pasajero, nos parece eterno mientras nos oprime. Envilece todo cuanto toca, porque su función es desprestigiar y desvalorizar, como la del amor es la predilección preferente. Es el más terrible disolvente para los valores, los ataca y los descompone en silencio, como un ácido velado; nos va quitando el apetito por donde pasa, las cualidades se quedan desvaídas y se vuelven anodinas, insípidas e inodoras... pero, sobre todo, incoloras” (p. 113).

Este filósofo describe, con suma belleza, al aburrimiento en una dimensión destructiva, que sería coherente con la concepción del aburrimiento como una consecuencia de la acción de la pulsión de muerte buscando el retorno al mundo inorgánico; esta dimensión tanática del aburrimiento es compartida por varios psicoanalistas. Por ejemplo, Bion (1978, p. 253) considera que someter a alguien al hastío es una tarea disolvente y hasta cruel. Pero en esa tendencia a “estrechar al otro en la coraza de su tedio, en resumen, aburrirlo” (Gutton, P., 1996, p. 69), o a paralizarlo, como se observa en la repetición del juego vacío (Sammartino, M. E., 2003, p. 63) se pueden encubrir distintas demandas y significados. En una dimensión activa y agresiva, el aburrimiento puede provocar sentimientos de rechazo, como los que expresa R. Rodolfo (1995) cuando expresa que “el aburrimiento es una de las pocas cosas de la vida que explícitamente desapruuebo, casi como si viera en él un ataque a la vida... un fuerte aspecto narcisista, si pensamos en alguien a quien nada de la vida le resulta lo suficientemente entretenido o conmovedor” (p. 342).

Si se continúa pensando al aburrimiento desde este vértice agresivo es posible diferenciarlo de otros estados que también bloquea los vínculos, la simbolización y que empujan hacia un tiempo detenido, *eterno*, y un espacio inhabitable como el *Mar Muerto*. Por las características generales de

desinterés, vacuidad y desesperanza se lo suele relacionar con los estados depresivos, pero aunque comparte algunas manifestaciones es necesario establecer diferencias. En primer lugar, en “el aburrimiento -dice Nicolussi, G., 2001- no hay sentimiento de inferioridad y autoacusaciones, sino que se tiende a atribuir la culpa de tal estado de ánimo a los otros y a circunstancias externas. No hay tendencia a la culpabilidad” (p. 153). Otra característica diferenciadora es la actividad mental casi incesante que se suele manifestar en los estados depresivos –salvo en las melancolías severas-, aunque sea en forma de autorreproches, frente a la detención o casi ausencia de pensamientos en los estados de aburrimiento. Una tercera diferencia es la presencia de afectos dolorosos en la depresión frente al “*afecto de no afecto*” según las palabras de Gutton, P. (op. cit., p. 63) del aburrimiento. La comparación del aburrimiento con los estados depresivos surge porque en ambos existe una dificultad para resolver la relación con el objeto. Pero, mientras en los estados depresivos no se acaba de resolver la ambivalencia en relación con el objeto, en cambio “el estado de depresión y tensión del tedio es la expresión fenomenológica de la imposibilidad de enfrentarse con la posición depresiva, debida al monto de hostilidad contenida en la ambivalencia que hace imposible la aparición de la ansiedad depresiva” (Lieberman, D., 1979, p. 121). Desde este vértice pulsional, Gutton coincidiría con Lieberman cuando relaciona al aburrido con estados paranoides más que con depresivos; como él dice: “el hastiado hace creer que está deprimido cuando en realidad está paranoico” (Gutton, P., 1996, p. 68).

Pero la dificultad de acercarse al objeto no es sólo consecuencia del temor retaliativo del objeto atacado; también puede relacionarse con el temor que despierta el enigma del objeto. Por ejemplo, Bion (1977) considera que los niños se aburren en el juego cuando se asustan porque jugando se acercan a lo misterioso subyacente: “¿Qué hay de aterrizante –pregunta Bion- en jugar con muñecas al papá y a la mamá? [...] Quizás es fraude, engaño, mentira, pero por lo menos es más confortable que este mundo real que se nos induce a enfrentar” (p. 148).

Hasta ahora he presentado al aburrimiento como resultado de un desinterés provocado por un ataque envidioso y desvalorizador del objeto, o como resultado de una incapacidad para tolerar el encuentro con el misterio del objeto. Frente a la comprensión del aburrimiento como consecuencia de la tendencia a la inorganicidad, se puede formular otro vértice que acentúa la incapacidad del sujeto para enfrentar el encuentro con el objeto, como si se careciera del empuje necesario y suficiente como para acercarse al otro; ese déficit haría posible la comparación con estados depresivos, pero no se trata de un conflicto de ambivalencia sino de una carencia de desarrollo; y como dice Sammartino (op. cit.) “la incapacidad para jugar [es producto de] fallos en la construcción de la subjetividad y en el desarrollo simbólico”. Algunos sujetos están aburridos porque les ha faltado un objeto que sostenga el interés para descubrir al mundo, como si hubieran carecido de un objeto que les nombrara los objetos, y hubieran permanecido rodeados de un conjunto de imágenes mudas que no pueden ser articuladas en lenguaje; por eso, estas personas suelen despegar rápidamente hacia el mundo cuando encuentran un objeto que los libidineice, que ponga interés en ellos y los rescate del estado de carencia, que rememoraría al hospitalismo descrito por Spitz.

Más allá de las causas, es decir, más allá del temor a abrir ventanas que –tal vez- no se deberían abrir, o más allá de la hostilidad contra el intolerable misterio del objeto, o de la pobreza de equipo mental para enfrentar al mundo, el aburrimiento tiene como característica la dificultad de generar fantasías (Vinocur y Fischben, 2003), pensamientos. Con independencia del modelo comprensivo del aburrimiento, la víctima siempre es el desarrollo simbólico. Desde el modelo pulsional se podría asociar este trastorno con la imperiosa búsqueda de reequilibrios defensivos de las personalidades impulsivas para evitar caer en “la desesperación y el aburrimiento” (Campo, 1963, p. 55). Pero si lo pensamos desde la teoría del pensamiento de Bion habría habido una pre-concepción que no pudo encontrar una realización, impidiéndose que surgiera una experiencia y, por tanto, no han podido emerger conceptos, pensamientos ni fantasías; además, al no existir la experiencia, no tienen lugar ni el interés ni el desarrollo; por el contrario, es posible que surja una realización negativa que incrementaría la pantalla beta y que tornaría imperiosa la necesidad de

descargas (Hahn, 2004). Para comprender al aburrimiento, habría que agregar junto a la intolerancia al conflicto y a la carencia del continente posibilitador de la experiencia, la pobreza impulsiva del sujeto incapaz de proyectar o de escuchar, lo cual remitiría al funcionamiento de los autistas.

La dificultad de vincularse con el mundo es la condición del aburrimiento; por eso decimos que la emoción, el vínculo queda anulado, o menguado. La alternativa a un mundo simbólico es un **mundo vacío** proclive a los trastornos hipocondríacos, la transformación en alucinosis y al funcionamiento asimbólico de Supuestos básicos (Bion), es decir vacío de significados generadores de desarrollo simbólico.

La metáfora del mundo vacío es nuclear para comprender el aburrimiento y creo que está en la base de su complejidad; por este motivo, a continuación mencionaré algunas condiciones para producir tal vacío:

1. Un mundo externo carente de interés porque el mundo interno está capturado por objetos enloquecedores que absorben toda la atención del sujeto haciéndole vivir de espaldas a la realidad.
2. Un mundo interno invadido por un mundo externo desbordante de estímulos planos (como la propaganda y las imágenes bidimensionales de la televisión) que barren la mente de los incipientes pensamientos y las balbuceantes preguntas.
3. Un mundo interno gobernado por un objeto-madre-o-padre, ocasionalmente “eficiente”, que sólo se ha interesado por la imagen externa (la ropa, la moda, las reglas de urbanidad, etc.) o sólo por el cuerpo del hijo (su belleza, su salud), funcionando como un hueco y parcial modelo de identificación.
4. Pero también puede ser un mundo vacío porque la voracidad envidiosa del sujeto destruye cada elemento del mundo externo que le es ofrecido.
5. El vacío podría ser también la consecuencia de un replegamiento defensivo buscando el desmantelamiento del objeto al que se percibe como demasiado inabarcable.
6. La falta de impulso suficiente como para alcanzar al objeto.

Ante tantos desencuentros, el vacío y el aburrimiento son una consecuencia natural de la incapacidad de vincularse. El siguiente soneto del poeta granadino Antonio Carvajal (nacido en 1945) ilustra magistralmente el vacío derivado de la incapacidad de tolerar y desarrollar vínculos:

“Cerró su casa al mundo: Nadie, nada.

¡Qué súbita paz! Cerróse el cielo.

Durmió. Soñó. Ni un grito, ni un anhelo:

más firme ya la paz, y más cerrada.

Todo noche del mundo, y tan lograda

felicidad de ausencia sin desvelo.

Ni flor ardiente o ruiseñor con celo

consintió en su tiniebla sosegada.

Y ante sus ojos ya no hubo más día

y no hubo ya ni penas ni murmullo.

Durmió. Y se soñó, infinitamente.

Pero el mundo, sin sueño, proseguía

y, hasta una vez, fugaz e indiferente,

pasó junto a un cadáver: y era el suyo.”

En el soneto, se huye de los *gritos* y de los *anhelos* a través del encerrarse en un mundo vacío que se ofrece como refugio pero que termina siendo desmantelada tumba. Morirse para no sufrir; o atacar para no padecer, o sufrir

por no poder alcanzar al otro... Pero el mundo prosigue y el aburrido puede encontrar a alguien que le permita hacer surgir una pregunta.

La amenaza del sufrimiento empuja hacia defensas características que, paradójicamente, pueden incrementar el dolor. Estas personas que no pueden pensar, que se sienten vacías, suelen ser vulnerables y capaces de escuchar cualquier propuesta, lo que las predispone a adherirse a

“un procedimiento espúreo destinado a evitar la experiencia de vacío. En el vínculo aparecen, entonces, -K, -L y -H. Al quedar la emocionalidad ligada a antipensamientos destinados a ocultar la verdad dolorosa se produce una preferencia por la insinceridad y el engaño (Meltzer). Se pone en marcha la organización narcisista que rellena con mentiras lo que era una intolerable vacuidad en el mundo interno.

Estos mecanismos no le evitan la experiencia de oquedad, dado que las mentiras no nutren y el vacío mental es inevitable: El ‘no tengo nada para decir... no tengo nada en la cabeza’, se perpetúa en un sinfín sin salida, que desespera y realimenta las mentiras que deben ser sostenidas por la completud maníaca que suministra” (Adela y Carlos Ríos, 1996, p. 341-2),

por ejemplo, la droga y el consumo de objetos o noticias, sin discriminación alguna. Ese mundo externo poblado de objetos terroríficos o muertos retorna a través de los objetos consumidos -bajo la forma de comida basura o drogas^[2] o modas, etc.-, que embrutece la mente y ensancha el vacío y que empuja, nuevamente, al consumo de nuevos estimulantes, en una rueda sin fin.

Según vamos presentando el estado mental de la persona aburrída se puede afirmar que el aburrimiento es un síndrome que transita junto a los trastornos neuróticos, narcisistas y psicóticos, y que se enmarca dentro de los trastornos de la simbolización y del pensamiento, en el amplio espectro de la **amentalidad**. Si el aburrimiento ocupa “el lugar del deseo de conocer” (Fernández, A., 1995, p. 212), y es concordante con “el no tener curiosidad” (Baudelaire), el requisito para acceder al desarrollo simbólico es la compañía de objetos externos e internos valientes que contengan los demonios, es decir, nuestros objetos internos persecutorios e incontinentes.

“CONSTRUIR” ABURRIMIENTO

Los intentos de liberación frente a los sentimientos penosos de aburrimiento mueven al sujeto a actos que aseguren algún alivio. Si se lograran rehabilitar objetos internos continentes se limitaría el uso de mecanismos disociativos y proyectivos empobrecedores; pero si las defensas utilizadas no son adecuadas se incrementaría, paradójicamente, el mal que se desea evitar. A continuación haré referencia a recursos empleados contra el aburrimiento pero que lo incrementan. El oxímoron “construir aburrimiento” potencia lo contradictorio porque el aburrimiento es falta de construcción, carencia de desarrollo simbólico, pero el empleo inadecuado de recursos frente al dolor puede generar más aburrimiento. Según el modelo de la Tabla de Bion, al mismo tiempo que construimos en la tabla positiva estamos contribuyendo al desarrollo de la negativa, o cuando fracasa el desarrollo simbólico se incrementa la pantalla beta, y en este sentido se podría emplear el término construcción de la tabla negativa o de la pantalla beta.

A continuación presentaré algunos recursos que considero necesarios **para “construir” aburrimiento** aunque la intención sea liberarse del mismo.

En el soneto de Antonio Carvajal, el sujeto ni siente *ardor* ni *celo*, ni *penas* ni *murmullo*, porque *cerró su casa al mundo* hasta conseguir un amental estado cadavérico. Ha sido necesaria cierta dedicación para poder *cerrar su casa al mundo* y alcanzar *la indiferencia, la inapetencia, la irrelevancia absoluta*, como decía Yankélévitch. Para conseguir ese estado se pueden utilizar las siguientes herramientas eficaces para obstaculizar el desarrollo simbólico: reversión de la perspectiva, vínculo menos conocimiento (–K), excitabilidad, omnisciencia y omnipotencia.

Si se repasa la descripción de Yankélévitch se podrían reconocer algunos de esos instrumentos: por ejemplo, cuando él hace referencia a que se fija en “*el envés del altorrelieve*”, podría considerárselo como una manera poética de nombrar la **reversión de la perspectiva** (Bion); a través de este mecanismo se va observando lo periférico, lo insustancial del fenómeno hasta descomponer la realidad en un mundo disuelto... Así se “*Envilece todo cuanto toca [...] Es el más terrible disolvente para los valores*” actuando a través de un relativismo

que torna homogéneo lo distinto, negando las diferencias entre fondo y figura; y, si todo es equivalente, los valores quedan disueltos.

Para construir un mundo *insípido, incoloro* y aburrido es fundamental la presencia de obstáculos insalvables a los vínculos emocionales con los objetos externos e internos. Cerrar *la casa al mundo* equivale a levantar los puentes emocionales para poder estar sin *nadie*, en medio de la *nada, infinitamente*, independientemente de la motivación.

El encuentro con el otro, por ejemplo con el mismo soneto de Carvajal o la descripción de Yankélévitch, es experimentado de forma inmediata como emoción y habrá de tolerarse el trabajo mental necesario para descubrir su íntimo significado (Meltzer, 1986). Pero cuando no se tolera dicho trabajo ni el dolor del duelo (el nombre ha de ser puesto en el lugar del objeto perdido) se puede atacar, neutralizar o evitar la emoción diluyéndola; entonces se crean las bases que impedirían la comprensión del soneto y se genera el campo propicio para los trastornos del pensamiento. Las consecuencias de la incapacidad de tolerar o contener las emociones quedan perfiladas en el siguiente texto de E. Tabak de Bianchedi (1998):

“El odio a las emociones genera vínculos desapasionados, sin vida [...] El feto, el bebé o el niño-adulto-viejo puede atacar su propia mente en su capacidad de sentir las emociones, como una defensa extrema frente al sufrimiento/dolor/frustración que éstas implican y la turbulencia con que amenazan. Sobrevivirá, podrá incluso ser o seguir siendo inteligente -como una máquina- pero nunca sabio. El ataque a la función vinculante de la emoción lleva a severas perturbaciones; entre ellas la psicosis, pero básicamente a la falta de crecimiento mental” (p. 623/624).

Así como la emocionalidad sostenida en una adecuada interrelación continente-contenido posibilita tanto la emergencia de significados como el desarrollo y el crecimiento mental, esa misma emoción puede tener otras derivaciones que la alejen absolutamente de esa dirección. A continuación presentaré tres puntos de apoyo para “construir” aburrimiento.

Excitabilidad versus emocionalidad.

La emocionalidad puede derivar hacia una experiencia estética germen de significados (cf. el *Conflicto Estético* formulado por Meltzer) o hacia una perversión de la experiencia estética; en este caso la emocionalidad es sustituida por la excitabilidad. Una de las características de las personas aburridas es que están siempre buscando experiencias excitantes que los rescate del aburrimiento; la búsqueda de excitaciones los coloca en la dirección de las adicciones a las drogas, a la masturbación compulsiva, a la práctica de deportes sin satisfacción, etc. En esto coincido con R. Rodolfo (1995) quien considera a la hiperactividad, la masturbación compulsiva y las adicciones como equivalentes enmascaradores del aburrimiento (p. 350-1). Estas personas quedan encerradas en un patrón conductual en donde alternan -como en un paciente mío- entre los deportes violentos, la masturbación (casi sin placer) ante el ordenador en donde almacenan pornografía, y agitación que se manifiesta en explosiones verbales en el trabajo y en la familia; este analizando, al igual que muchas personas aburridas, se siente impotente para comunicarse y lograr un sitio en la comunidad familiar y laboral, entonces, ante su incapacidad para experimentar un vínculo apasionado que lo rescate de la soledad y del aburrimiento, se refugia en la pseudo potencia de su erección basada en estímulos externos (pornografía, drogas) y a la búsqueda de la estimulación derivada (endorfinas) de la práctica deportiva. La alternancia entre ansiedad y excitación está relacionada en él con la pérdida de vínculos que le devuelvan significados; esto se observa en la experiencia de la relación analítica: a medida que se va desarrollando el vínculo se van modulando todas esas manifestaciones de aburrimiento enmascarado. Como dice F. Waksman de Fisch (2002) cuando la experiencia emocional “es atacada, las emociones son destruidas y lo único que queda es un estado de excitación provocado por las fantasías masturbatorias concientes” (p. 338) que empujan a la permanente búsqueda de una piel secundaria (Bick) que sustituya la ausencia de un continente. La búsqueda de excitación como antídoto contra el aburrimiento se observa también en los adictos a jugar a las máquinas, a quienes no les importa ganar sino experimentar la excitación de la posibilidad de ganar o perder; por eso cuando ganan siguen jugando, manteniendo así el estado de excitación que les permite evacuar ansiedad, que los aleja del vacío mental y de la experiencia del aburrimiento. La adicción a la excitación les lleva a vivir

una vida peligrosa, porque sólo en el riesgo se experimentan aún vivos; esto los predispone a tener accidentes a repetición y finalmente suicidarse o encontrar un asesino. Ellos, mientras experimentan la excitación, creen que están descargando sufrimiento y venciendo a la persecución, pero sólo desalojan la emoción, base del pensamiento. Así, la defensa se convierte en causa de aburrimiento.

Negación de la realidad psíquica.

La mayor sorpresa y dificultad que experimentan estas personas aburridas surge cuando se les hace referencia a su realidad psíquica; al vivir en un mundo factual donde rigen las leyes de la computación y la manipulación no sospechan que exista una realidad interna. Aunque todas las personas niegan su realidad psíquica -en tanto el inconsciente es inaccesible de por sí y dado que el acceso al conocimiento de sí mismo exige una alta dosis de tolerancia al dolor mental-, las personas aburridas tienen una severa negación de la realidad psíquica. En ese sentido parecen personas estancadas en la latencia. No consideran que en su interior haya algo que pueda ser conocido o que valga la pena conocer. Casi no sueñan y quieren resolver sus síntomas a través de recursos farmacológicos o mecánicos (relajación, masajes, gimnasia, yoga, etc.). Si fantasean suele ser un fantaseo compulsivo al servicio de la negación de la realidad psíquica, que ni desarrolla sueños ni significados; es un fantasear masturbatorio que busca la descarga del aburrimiento y la desvitalización de los objetos. Sin embargo, si estas personas son interrogadas reivindican una gran vida de fantasía, pero lo que realmente se descubre es que construyen escenas manipuladas en un jugar compulsivo y vacío. Esto sugeriría que están identificadas con objetos parentales "eficientes" pero despegados emocionalmente. Entonces, pueden autovalorarse en función de la cantidad de acciones eficientes que realizan, pudiendo evaluar, por ejemplo, su vida sexual en función de la cantidad de orgasmos que alcanzan. Suelen ser hábiles en el mundo de las acciones concretas pero no pueden establecer relaciones íntimas ni con ellos mismos ni con sus parejas y amigos; saben funcionar en el ámbito social, pudiendo competir y luchar sin culpas y ascender

en la escala social. Recuerda esto a otro paciente que en una sesión enunciaba y repetía que se sentía bien porque tenía su trabajo al día, ya había comenzado a construir su segunda residencia, su mujer estaba por él, su coche, su moto, etc., etc. en una enumeración de hechos y cosas que repetía una y otra vez como intentando sancionar su estado de bienestar por la posesión y el control de objetos; una vez que se le pudo mostrar esto, después de mucha resistencia, asoció que no había vuelto a contactar con su madre con la que había tenido recientemente una primera comunicación afectuosa; este contacto filial tan añorado como sorpresivo y conmovedor podía haber quedado aislado dentro de un mundo factual. Son pocos los momentos en que esta persona experimenta encuentros no mercantiles, siendo el análisis uno de los pocos espacios en donde es tenido en cuenta su niño interno dependiente que anhela ser entendido. El estado general de aislamiento y aburrimiento que experimenta este paciente es proporcional a la admiración que obtiene del medio familiar. Él, al igual que muchas personas eficientes, tiene el problema añadido de ser muy apreciado en la empresa, porque carece de conflictos y dudas sobre el significado de las acciones y eso le permite funcionar como una computadora que resuelve hechos. Mientras él es admirado por propios y extraños, se puede observar la vacuidad de su mundo interno y las defensas adictivas que ha de emplear para huir del aburrimiento. Una escena doméstica muy repetida ilustra este funcionamiento: al final del día mira televisión en el salón junto a su pareja; ella se duerme siempre antes y se marcha a la cama; en el mismo momento en que él se queda solo: come una tableta de chocolate, fuma porros, mira películas pornográficas y finalmente se masturba. Este ciclo –o piel secundaria, como en el caso anterior- se repite casi sin cuestionamiento, siendo considerado por él como algo natural e higiénico. De modo gradual él va comprendiendo que esta acción sensorial y compulsiva pretende cauterizar la hemorragia de su mente vacía en el momento de la separación. Aunque es una persona inteligente y eficiente en el manejo de la realidad externa, es dependiente de su pareja quien funciona como objeto/madre-sustituta, -sólo en términos de eficiencia-, al punto que se ha llegado a nominar a la pareja como “la empresa”. El intento de comprender sus conductas adictivas y la relación con una madre desbordante y controladora hace que el análisis no se convierta en una experiencia aburrida sino de cierta

intimidad; el carácter limitado de la intimidad se relaciona con un trasfondo paranoide que se podría formular así: ¿mi terapeuta también quiere explotarme? Este trasfondo autojustifica el uso frecuente de mentiras y ocultamientos. Si a la desconfianza se une el empleo de mentiras y ocultamientos, más la negación de la realidad psíquica estas personas quedan imposibilitados para establecer relaciones sinceras, lo que los empuja a esa sensación de vacío, soledad y desesperación que tratan de disimular siendo eficientes y despegados. Estas personas quedan lejos de la experiencia de intimidad que se construye en un vínculo sincero; porque para “ser sincero – dice Meltzer (1991)- uno tiene que poder observar lo que está pasando dentro y comunicarlo a otra persona de fuera. Con estos pacientes uno siempre tiene la sensación de que está recibiendo sólo la mitad de la historia y de que quieren controlar y manipular, es decir que no hay verdadera comunicación sino acción.” Frente a esta oposición, sólo la perseverancia del analista puede contribuir a que esa acción se transforme en comunicación.

Omnisciencia negativa.

A la sustitución de la emoción y de la ansiedad por la excitabilidad, y a la negación de la realidad psíquica, se ha de agregar una tercera característica para la “construcción” del aburrimiento: me refiero a lo que Meltzer (1999) llamó la omnisciencia negativa. Con esta denominación redundante, pues no hay omnisciencia sin negación de la realidad, Meltzer enfatiza y hace referencia a aquellas afirmaciones que se hacen sin tener en cuenta la naturaleza del objeto, al que ni siquiera se ha observado, y al que se le aplican categorías que surgen de pre-juicios. Esto se puede observar en personas que hablan a través de afirmaciones y que al solicitarle que describan la situación enunciada se puede descubrir que no habían tenido la menor aproximación al fenómeno; esta restricción de la observación y de la imaginación está en la base de los prejuicios raciales y del fanatismo. Creo que el fenómeno del aburrimiento podría ser encuadrado dentro de lo que Meltzer (1999) llamaría

“un problema caracterológico que se presentaría con aquellos pacientes que se quejan de que no tienen amigos, que se encuentran incómodos en situaciones sociales o que no pueden conversar en situaciones públicas. Estas personas generalmente son malos observadores de lo que pasa tanto alrededor de ellos como dentro de ellos y como consecuencia de esta pobreza de observación aparece una supresión de la respuesta emocional. Eso se ve cuando describen a la gente que ellos encuentran; no describen lo que ven sino que describen estereotipos, y por supuesto, estos estereotipos son aplicables también a la percepción que ellos tienen del analista. Esto sería lo que yo llamo una especie de omnisciencia negativa. Porque tienen una percepción limitada acerca del significado del comportamiento del padre eligen el modelo que más se acerca como estereotipo para describirlo. El tipo de omnisciencia se expresaría porque describen las cosas que son más obvias y no pueden ver los detalles” (p. 95-6).

Esto me remite a un paciente con defensas obsesivas que trata de controlar la indagación psicoanalítica y que sostiene la teoría de que es impotente porque agrediría a la mujer, repitiendo el modelo de su violento padre. A medida que se va logrando que rompa ese estereotipado dogma con respecto al padre y que puede mirar tanto su historia como la de otros hombres, incluido su padre, va desapareciendo el síntoma, pero no se fía de lo que va experimentando y descubriendo porque en “su teoría” las cosas son tal como él las tiene formuladas. La piedra de su narcisismo le impide aprender a mirar la realidad desde otro vértice. La actitud terca lastima su capacidad de comprender e impide el desarrollo de su emocionalidad, aprisionándolo en un doloroso mundo solitario y receloso. Para acceder a su intimidad y a su emocionalidad es necesario sortear el enunciado esquemático de las anécdotas que relata, con la intención de que emerja el contexto de la situación relatada “porque es el contexto lo que contribuye a construir significado” (Meltzer, 1994). Las palabras yuxtapuestas no logran crear significados, ni el relato de hechos ensancha nuestra comprensión psicoanalítica^[3]. El contexto permitirá hacer surgir la pregunta oculta tras el hecho, y eso posibilitará mostrarle la pobreza imaginativa sobre la que basa sus aseveraciones, tan alejadas de la realidad

como los pseudo silogismos y las conclusiones obtenidas de premisas falsas. Estos aportes le provocan gran irritación porque siente que se están atacando y rompiendo las pobres certezas que le han sostenido durante su aburrida existencia. Una de las consecuencias de esta tarea terapéutica es la de conseguir que se descubra que el analista no es una simple continuación de la restringida vida mental del paciente, pues no pocas veces creen que el otro siempre comparte su punto de vista. Cuando toleran la idea de que el objeto piensa por sí mismo, se les rompen los estereotipos que les han permitido funcionar omniscientemente, aunque sus formulaciones pertenezcan a la columna 2 de la Tabla^[4] de Bion. Si no se observa y no se indaga el significado de la observación se prepara el terreno para el dogma, la mentira, la confabulación, creándose un discurso “en esencia inauténtico, tanto para el paciente como para el analista, pese a lo cual, si queremos ayudar al paciente, -dice Masud Khan- debemos aprender a soportar este falso discurso” (p. 12). Quizás para alentarnos a soportar este falso discurso es que Bion y Meltzer consideran fascinante el fenómeno del aburrimiento.

LA EMOCIÓN ANULADA

El falso discurso de la persona aburrida se construye, por lo tanto, a partir de la sustitución de la emoción por la excitación, de la negación de la realidad psíquica y de la renuncia a la observación que produce un sentimiento de certeza basada en la omnisciencia. El discurso se falsifica pues el sujeto estaría confundido (cf. *Clastrum*, Meltzer, 1992) hablando desde el interior del objeto interno, alejándose así de la intimidad. Cuando los compartimentos internos han sido invadidos, el sujeto altera su identidad; entonces mira el mundo desde la mente del objeto y se torna omnisciente, y cuando habita la zona inferior sustituye el vínculo con el mundo por la excitación. Más allá de las motivaciones, el sujeto aburrado disminuye progresivamente su capacidad de respuesta emocional. Como consecuencia de la intrusión el sujeto se va

empobreciendo, tal como describió Melanie Klein en su trabajo sobre la novela de J. Green: “*Si yo fuera usted*”.

A continuación haré referencia a la sustitución de la emoción por el discurso aburrido, o la sustitución del vínculo por un discurso desvinculador. Otra vez es un artista quien acude en nuestra ayuda. V. Kandinsky en un artículo titulado “La pintura como arte puro” (1913) dice que

“Dos son los elementos que constituyen la obra de arte: el elemento *interior* y el elemento *exterior*.”

“Tomado separadamente, el primero es la emoción del alma del artista. Esta emoción posee la capacidad de suscitar una emoción profundamente análoga en el alma del espectador.

“Debido al tiempo que el alma lleva unida al cuerpo, no puede empezar a vibrar más que por medio del sentimiento. Este es pues el puente que conduce de lo inmaterial a lo material (el artista) y de lo material a lo inmaterial (el espectador).

“Emoción – sentimiento – obra – sentimiento – emoción”
(p. 43).

Para Kandinsky la comunicación de las emociones se realiza a través del sentimiento que la obra de arte estimula y vehiculiza. La obra de arte es el puente y como tal pone en contacto al artista y al espectador. El puente es una imagen que sirve para describir la comunicación. Para Kandinsky la obra de arte ha de realizar la función de puente. En la relación analítica, esta función intermediadora se realiza a través de los canales verbales y extraverbales que posibilitan el interjuego emocional y apasionado entre los miembros de la relación. Lo esencial es la relación. Bion (1977) refiriéndose a los puntos de anclaje del puente, de la relación señala que:

“la boca es uno y el pecho es el otro [...] El pecho y la boca son importantes sólo en la medida en que sirven para definir el puente que los une. Cuando los ‘puntos de anclaje’ usurpan la importancia que corresponde a las cualidades que deberían comunicar el puente, el crecimiento se deteriora” (p. 40-1).

El puente es importante en la medida que permite la comunicación, al modo de la obra de arte que comunica la emoción entre artista y espectador. Esta función comunicante falta en el fenómeno del aburrimiento, pues el discurso aburrido se convierte en el puente que ignora a ambos puntos de apoyo: ni se observa el interior del observador ni se observa al interlocutor. Bion, en los seminarios en Nueva York (1977) refiriéndose al aburrimiento y al discurso aburrido dice que

“el paciente continúa hablando sobre algo que podría ser descripto como una relación transferencial, pero faltan las dos cosas que podrían unirse; sólo está el fragmento intermedio. Se convierte en una especie de psicoanálisis ‘puro’; no es nada más que transferencia con nadie que esté en la habitación; y escucharle resulta extraordinariamente aburrido. Al cabo de un tiempo reconocemos que el paciente nos está diciendo algo, pero nunca un hecho aprehensible por la vista o el oído. No sabemos nada sobre el paciente, nada sobre su vida privada. ¿Qué podemos interpretar? En un sentido se podría decir que es una analogía, pero una analogía pura; no las dos cosas de los extremos, sino únicamente el vínculo intermedio. [...] ¿Sólo la cosa intermedia? ¿Es esto psicoanálisis ‘puro’; todo sexo pero ninguna relación entre dos personas? [...] Es un hecho real que está ocurriendo frente a nosotros, una demostración de lo que une a dos personas pero sin que ninguna de ellas esté presente; ambas faltan” (p. 96-7).

Podemos concluir que si faltan los puntos de apoyo del puente, lo que queda es un discurso aburrido. Si es *puro sexo sin ninguna relación entre dos personas* esto se ha convertido en excitación o pornografía en la que han desaparecido tanto el puente como las personas que lo posibilitan. La función comunicante de la emoción, tal como Kandinsky y Bion reconocen, ha sido pues anulada y el “crecimiento se deteriora”. Sea por intolerancia al conflicto o por déficit en la pulsión, **el aburrimiento es la consecuencia de una emoción que no pudo constituirse en puente, ni salvar la distancia para encontrar al objeto**; en este caso resulta fundamental la acción continente del objeto para rescatar al sujeto de la desorientación frente al vacío; la libidinización del

paciente requiere que el analista encuentre fascinante el fenómeno del aburrimiento.

BIBLIOGRAFIA

- BION, W. R.** (1977): "La Tabla" en *La Tabla y la Cesura*, Gedisa, Bs. As., 1982.
- Ídem** (1977): "Seminarios en Nueva York" en *La Tabla y la Cesura*, op. cit.
- Ídem** (1978): "Seminarios en San Pablo", en *La Tabla y la Cesura*", op. cit.
- Ídem** (1991): *Memorias del Futuro*, Julián Yebenes S.A., Ed., Madrid, 1995.
- BAUDELAIRE, Ch.:** *Las flores del mal*, Biblioteca Edaf, S. A., Madrid, 1985.
- CAMPO, A. J.** (1963): "El pensamiento y la culpa en la personalidad psicopática. Aspectos parciales del análisis de un delincuente juvenil", en *Teoría, clínica y terapia psicoanalítica (1957-1991)*, Paidós, Barcelona, 1993.
- FERNANDEZ, A.** (1995): "Aburrirse = aburrarse", en **R. Rodolfo (com.):** *Trastornos narcisistas no psicóticos*, Paidós, Bs. As. - México, 205-216.
- GUTTON, P.** (1996): "La morosidad: más bien el hastío que la barbarie", en *Psicoanálisis con niños y adolescentes*, N° 9, Bs. As., 61-77.
- HAHN, A.** (2004): Comunicación personal.
- KANDINSKY, V.** (1913): "La pintura como arte puro" en *La gramática de la creación. El futuro de la pintura*, Paidós estética 10, Barcelona-Bs.As., 1987.
- LIBERMAN, D.** (1979): "Tedio, patología del pensamiento e identificación proyectiva en psicopatías", en **A. Rascovsky y D. Liberman:** *Psicoanálisis de la manía y la psicopatía*, Paidós, Bs. As., 119-128.
- LLEDÓ SANDOVAL, J.** (2002): Cuadros depresivos y estructuras aburridas. Conferencia pronunciada en QUIPÚ, Madrid el 7-3-2002. Inédito.
- MASUD R. KHAN, M.** (1989): "Introducción", en **Winnicott, D.:** *Sostén e interpretación*, Paidós, Bs. As., 9-30.
- MELTZER, D.** (1986): *Metapsicología ampliada. Aplicaciones clínicas de las ideas de Bion*, Spatia ed., Bs. As., 1990.
- Ídem** (1991): "Caso Rocío" en Seminarios en el Grupo Psicoanalítico de Barcelona. Inédito.
- Ídem** (1992): *The Claustroom. An Investigation of Claustrophobic Phenomena*. London. The Roland Harris Educational Trust Library. Trad. Española: ed. Spatia.
- Ídem** (1994): "Caso Paulina", en Seminarios en el GPB. Inédito.
- Ídem** (1999): "Caso Florencio" en *Psicoanálisis APdeBA*, XXI, N° 1 y 2.

- NICOLUSSI, G.** (2001): “El aburrimento: ¿Una emoción en la sesión de análisis?”, en *Más allá del Principio del Placer. Sobre el masoquismo, el desinvertimiento y la destructividad*, GRADIVA, Barcelona, 153-160.
- RIOS, M. A. y RIOS, C.** (1996): “Organización narcisista, insinceridad y vacuidad en la adicción”, en *Psicoanálisis ApdeBA*, XVIII, Nº 2, 327-345..
- RUSSELL, B.** (1964): *La conquista de la felicidad*, Espasa Calpe, S. A., Madrid, 1964.
- RODULFO, R.** (1995): *Trastornos narcisistas no psicóticos*, Paidós, Bs. As. Cap.: “El síndrome del aburrimento”
- SAMMARTINO, M. E.** (2003): “Jugar, repetir y elaborar”, *Intercambios en psicoanálisis*, Nº 11, Barcelona, noviembre, 61-65.
- TABAK de BIANCHEDI, E.** (1998): “El psicoanalista apasionado o aprendiendo de la experiencia emocional”, en *Psicoanálisis ApdeBA*, XX, Nº 3, 617—629.
- TABBIA, C.** (2002): Observación y descripción en la génesis del significado, presentado en *Aportaciones de Donald Meltzer al psicoanálisis. Generación del significado en la experiencia analítica: Misterio, turbulencia y pasión*, Congreso organizado por el Grupo Psicoanalítico de Barcelona, 18-20 de octubre del 2002 en Barcelona.
- VINOCUR DE FISCHBEIN, S. y FISCHBEIN, J.** (2003): Entre el vacío y la impulsión: el aburrimento. Bs. As., Inédito.
- WAKSMAN de FISCH, F.** (2002): “Comentario” en **Moguillansky, R. (comp.):** *Escritos clínicos sobre perversiones y adicciones*, Grupo Editorial Lumen, Bs. As.-México, 333-342.
- WANGH, M.** (1979): “Some Psychoanalytic Observations on Boredom”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 60, 515-526.
- YANKÉLÉVITCH, V.** (1963): *La aventura, el aburrimento, lo serio*, Taurus, Madrid, 1989.

* Publicado en catalán en *Revista de Psicoteràpia psicoanalítica*, ACPP, Barcelona, Nº 8, 2005, 189-207.

Notas:

[1] “Me hubiera gustado escribir un libro sobre las mil y una versiones del aburrimento, si tuviera la capacidad o el tiempo para hacerlo” (Bion, 1977, p. 96).

[2] La droga da “vida” pero mata.

^[3] Bion (1977) sugiere en los seminarios de Nueva York que la historia relatada por el paciente “tiene un significado que ninguno de nosotros conoce todavía. *Eso* desconocido es lo que requiere esclarecimiento. El significado corriente sigue existiendo, pero carece de importancia. Esta aparente aseveración de un hecho es en realidad la formulación de una pregunta: es una pregunta disfrazada de hecho” (p. 107).

^[4] Afirmer algo que es falso o mentiroso para ocultar la ignorancia.